

EL PROFESOR BOTELLA, FIGURA ESTELAR DE LA GINECOLOGÍA ESPAÑOLA.

Mis vivencias y recuerdos personales con el Maestro

JULIO CRUZ HERMIDA

A pocos meses de la muerte de don José Botella, pretender hacer una semblanza suya, de justa admiración a su memoria, no se me antoja fácil, por temor a caer en lo repetitivo, ya que su figura ha sido glosada exhaustivamente por destacadas personalidades de la ciencia y la cultura, en diferentes Instituciones Académicas, Foros universitarios, Revistas científicas y medios de comunicación.

Hoy, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, me concede el honor de ocupar su prestigiosa Tribuna para hablarles del profesor Botella Llusía, no solo desde el enfoque científico y ginecológico, sino desde la reflexión emotiva que mi vida profesional, Académica y Docente, próxima al maestro, me concede especial privilegio para hablar de él, a través de recuerdos personales y convivenciales, que el paso de los años, no solo ha hecho olvidarlos sino que los ha reverdecido, en un ejercicio de rescatada memoria.

Al hablar de Botella, es obligado pergeñar un primer comentario a su excepcional curriculum, el que consagra su figura. Nos centraremos en algunos de los puntos más relevantes. La vida del Prof. Botella estuvo presidida por una vocación ingénita hacia la docencia universitaria y el entusiasmo por la investigación. En el año 1940 ya era Profesor Adjunto en la Cátedra de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Medicina de Madrid, y tres años después designado

Profesor Encargado de la misma. Fiel a su sentido de autosuperación prepara sus oposiciones y en 1946, a los 35 años, gana la Cátedra de igual disciplina en Zaragoza, y en 1948, tras reñidos ejercicios de oposición ante prestigiosos contrincantes obtiene la titularidad de la de Madrid, sucediendo a figuras de tanto sabor histórico como don Sebastián Recasens y don Manuel Varela Radío. Esa Cátedra, regentada con pulso firme por un joven de 37 años, se va a convertir en un privilegiado centro del saber tocoginecológico español, donde se impartirá una atractiva docencia que va a fomentar muchas vocaciones ginecológicas (entre ellas, la mía). Se va a potenciar una seria y rigurosa investigación en diferentes áreas de la Especialidad, y una pujante promoción de futuros Catedráticos, Profesores Titulares y Jefes de Servicio que se distribuirán por las Universidades y Hospitales españoles, dejando el sello específico de la Escuela y el orgullo de ser hijos de la misma.

El joven doctor Botella es elegido en 1950 por la Real Academia Nacional de Medicina, Numerario de la misma, ocupando el sillón número 5, que antes perteneció al Dr. D. Antonio M.^a Cospedal. Un frío día del mismo año, el 23 de febrero, pronuncia su discurso preceptivo de ingreso sobre «la nutrición embrionaria», que es contestado por el también Académico D. Francisco Luque Beltrán. Quien os habla, estudiante de 5.º Curso, asiste alucinado a la escenografía del acto y su cuidada liturgia, dentro del entorno histórico artístico del recinto de la calle Arrieta.

Sentados en el estrado y los sillones de vieja y noble madera, ataviados con uniformes, fracs y chaqués, míticas figuras médicas de la época: Jiménez Díaz, Vara López, Vallejo Nájera, Enriquez de Salamanca, Gay Prieto, Julián de la Villa, Gregorio Marañón, Julio Palacios, Laín Entralgo, Martín Lagos, etc.

Con el tiempo pude hacer realidad mi sueño, forjado en aquella inolvidable sesión: llegar algún día a ser Miembro de la Academia, recordando, siempre aquel en que mi profesor de Facultad ingresaba como joven Académico, y quien respondía a su discurso, con el tiempo, iba a ser mi predecesor en el cargo de Jefe del Servicio de Obstetricia y Ginecología del histórico Hospital Central de la Cruz Roja, fundado por la Reina Victoria Eugenia de Watemberg.

Botella llegó, con los años, a ser Presidente de la Academia, Rector de la Universidad Complutense, Presidente de la Sociedad Ginecológica Española de Esterilidad y Fertilidad, así como de la Fundación Gregorio Marañón. Simultaneó su Cátedra con la Jefatura de Servicio de la vieja Maternidad Provincial de la calle Mesón de Paredes, cuna de tantos y tantos magníficos obstetras, que se convertiría más tarde en la «Maternidad de O'Donnell». Dichas Maternidades fueron apéndices científico-docentes y asistenciales de la Cátedra de San Carlos.

A D. José Botella le concedieron meritorias condecoraciones: Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, de Isabel la Católica, Caballero de la Legión de Honor francesa, y otras muchas que se haría largo enumerar.

Pese a que, hace dos años, promoví en un escrito de la revista nacional de la SEGO, que le fuese concedida al maestro la Medalla de Oro en el Trabajo, por estimar que así se premiaría una larguísima vida de trabajo, no se pudo conseguir. Curiosamente, algunos personajes folklóricos, que estuvieron cantando y bailando, menos años que don José salvando vidas de mujeres y ayudando a nacer miles de niños, sí la consiguieron. Tristes paradojas que no merecen más comentario.

En su haber: más de 600 publicaciones en español y 124 en inglés, francés y alemán. Cabe igualmente reseñar un cuantioso número de libros, entre los que destaca uno muy clásico, con más de 14 ediciones. «El Tratado de Obstetricia y Ginecología», con la colaboración de Clavero desde 1968, cuya importancia docente y pedagógica trascendió el marco geográfico nacional. Personalmente, con motivo de dictar algunas conferencias en el extranjero, pude comprobar como en Argentina, Venezuela, República Dominicana y Colombia, se convertía en Libro de texto en sus universidades. Era «el Botella», y el más consultado por especialistas en el antiguo Protectorado de Marruecos: Tetuán y Tánger.

Sus enseñanzas escritas traspasaron muchas fronteras, marcando en ellas sus conceptos y líneas de investigación. Fue, como remarcó Laín: «el Médico español actual con mas fama internacional».

Conviene recordar que el Tratado de Obstetricia y Ginecología, con su anexo de Tocurgia, tuvo su génesis primaria, en los apuntes tomados taquigráficamente por el Dr. Chaminade, y luego trasladados, mediante impresión con ciclostil, a un burdo papel de estraza, que conservo encuadernado en pie, como si el papel fuera «biblia» u otro tipo de papiro noble. Con mejor tipo de papel, tipografía y encuadernación, este primario esbozo de libro, se convirtió, en posteriores cursos, en modélicos libros editados por la Ed. Científico-Médica.

Dentro de este capítulo bibliográfico, no podemos dejar en el olvido su monumental obra «Endocrinología femenina», traducida a varios idiomas y prologada en su primera edición de 1942, por su siempre declarado y admirado maestro, don Gregorio Marañón y Posadillo. El mérito de escribirlo en forma de autoría única, a tra-

vés de 30 capítulos y cerca de mil páginas, dan mayor valor a la obra y a su autor.

El volúmen de la primera edición, lo compré con mi exiguo pecunio al finalizar la Licenciatura, en la célebre librería de «viejos», apodada con el nombre de su propietaria: «Doña Pepita», a un precio mas que razonable. Me la dedicó don José con unas escuetas líneas: «A Julio Cruz, antiguo alumno en San Carlos. Afectuosamente, J. Botella». Una edición muy posterior en la que ya colaboró su yerno José Antonio Clavero en algunos capítulos, no la compré, me la envió a la Redaccion de la Revista Toko-Ginecología Práctica, donde le hice gustosamente un amplio comentario. La renovación del texto era evidente, y la dedicatoria con que me distinguió también había cambiado: «Al Prof. Cruz y Hermida, alumno ayer, colaborador actual en la docencia del Departamento, colega en la Academia, y siempre amigo, con un abrazo. J. Botella». Evidentemente el libro se había actualizado y la distancia entre el maestro, y el discípulo se había acortado y ensanchado de afecto. Naturalmente, me sentí muy gratificado con sus palabras y consideración a mi persona.

Como Marañón, se interesó en este Tratado endocrinológico por la «Evolucion de la sexualidad», concluyendo que la mujer (XX) –y prescindiendo de diferenciaciones cromosómicas– podría ser una etapa intermedia entre el niño y el varón (XY). Conocidos fueron sus estudios en animales protogénicos (con primario desarrollo femenino) y protoándricos (que desarrollaban en la época embrionaria, antes el sexo masculino).

Botella Llusía fue un investigador apasionado pero serio y racional orlado por la intuición (alguien ha dicho que fue un anticipado de su época desarrollando un sentido profético y, evidente-

mente, anticipativo en muchos de sus trabajos, transformando con el tiempo hipótesis, por tesis. Por ejemplo, nominado a la suprarrenal femenina como «tercera gónada» que actúa como secretora vicariante de estrógenos a través de precursores (andrógenos). O el Síndrome del «Testículo feminizante de Botella-Nogales», descrito por él antes que Morris, al que se le adjudicó oficialmente una injusta paternidad. Hecho del que le oí lamentarse en diferentes ocasiones.

Mi primer contacto con don José Botella fue en 1948. Tenía a la sazón 36 años, aunque aparentaba bastantes más. Yo iniciaba, a mis 20 años recién cumplidos, la asignatura de Obstetricia y, cuando me acercaba a él, participaba del «miedo escénico» de su presencia. Diría mas bien: «respeto reverencial», que se convertía en admiración distante. A mas de uno de sus colaboradores –y yo lo comprendí en el tiempo que estuve asistiendo al Servicio tras finalizar la Licenciatura–, de la mano de mis buenos amigos Fernando Plaza, Enrique Marín y Ángel Puras, cuando don José se dirigía hacia algunos de ellos, sufrían (o sufríamos) de un inevitable y confuso síndrome caracterizado por balbuceo entrecortado, sudor frío, temblor de extremidades inferiores y, en ocasiones extremas, inoportuna relajación de esfínteres. Con el tiempo el trato con el maestro perdió temor y ganó en afecto.

Cuando años despues comenté con él ese especial «respeto reverencial», su respuesta silenciosa, en forma de sonrisa socarrona, podía interpretarse como un deseo de acercamiento para paliar distanciamientos pasados.

En esos años del final de la década pasada de los 40, le recuerdo como un señor mayor, alto, espigado, con gafas de concha, a través de las cuales se percibían unos ojos penetrantes, escrutadores

del interlocutor, con brillo de singular inteligencia. Un bigote, con-
sustancial con su inescrutable fisonomía, fue permanente compañe-
ro a lo largo de su vida.

Siempre pulcro y aseado en el vestir, hasta con el ropaje del qui-
rófano o paritorio, que llevaba con especial distinción. Debo confe-
sar mi sorpresa y acaso decepción, en el año 68, cuando al borde de
la piscina marbellí del Hotel Meliá Don Pepe, ví a don José, pase-
ando con José Antonio Clavero, luciendo un heterodoxo calzón de
baño y chanclas marineras. Difícilmente le podía identificar con un
vestuario informal y un tanto desaliñado, tan lejos de su ortodoxo y
habitual vestir.

En una publicación mía me he permitido «Pensar en voz alta»
y decir que «se puede ser profesor, pero no maestro, y maestro sin
ser profesor». La dualidad pudo ser posible en el caso de Botella. El
fue profesor por titulación académica, pero maestro por vocación y
condiciones pedagógicas.

Creó escuela ginecológica, la mantuvo y se ha perpetuado en
sus discípulos colaboradores. Posiblemente fue la más importante
de la segunda mitad del siglo XX, compitiendo en prestigio con las
catalanas de Fargas, Nubiola, Conill y Dexeus; la valenciana de
Bonilla y Salvatierra; la madrileña de Usandizaga, la gaditana de
Muñoz Beato, o la gallega de Novo, entre otras. Fue «magister pri-
mum inter pares», es decir, maestro de maestros.

Pero Botella, además de científico nato, fue un Médico
Humanista de gran basamento cultural. Amante de la literatura, de
la música y de la pintura, tenía devoción por el arte arquitectónico,
hasta el punto de confesar públicamente que, de no haber sido médi-
co, hubiese querido ser arquitecto.

Cuando publiqué mi libro sobre los versos olvidados de Manuel Machado, me escribió adhiriéndose entusiastamente a mi tesis reivindicativa, con una carta llena de sugerencias y conocimientos sobre el gran poeta andaluz.

Recuerdo su magnífico ciclo cultural sobre «Aspectos médicos y dolencias obstétricas de algunas Reinas españolas», y su documentada disertación sobre la ambigua personalidad sexual de don Juan Tenorio. Y no se me ha olvidado su conferencia, llena de sensibilidad, en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, acerca de «Garcilaso, san Juan de la Cruz y el Tajo toledano», en un poético triángulo de sonidos, con versos y rumor de aguas.

En abril del pasado año, escuchó en la Real Academia de Medicina, mi comunicación sobre «Hipótesis patológicas en el cuadro de La Gioconda», y mi anuncio de que aquella charla se convertiría en un futuro próximo en un libro monográfico. Al finalizar la sesión me pidió que le enviara el borrador porque acaso él pudiera mandarme alguna opinión personal al respecto. Desgraciadamente el libro se publicó tras su muerte y no pude hacérselo llegar. A buen seguro que, de haberlo puesto en sus manos, sus atinadas sugerencias se hubieran recogido en ulterior edición. Una auténtica lástima el no haber podido contar con su testimonio de opinión, como médico culto, amante de la Historia y de la Pintura.

Quizás por su ya avanzada edad y natural carencia de ambiciones, no llegó a ocupar en la Real Academia Española de la Lengua, alguno de los sillones vacantes de Rof Carballo o Laín Entralgo. Hubiera sido la persona más idónea para aportar, desde su reconocido prestigio y humanismo cultural, la plaza de académico, en la que la simbiosis entre medicina y lenguaje se continuara tras Laín y Rof.

Hombre de firmes ideas éticas y religiosas, fue un creyente profundo, haciendo compatible su verdad científica con la verdad de la Iglesia Católica. Y me consta que, más de una opinión y juicios en temas difíciles y controvertidos, fueron escuchados con atención y respeto por altas instancias vaticanas.

Rindió culto a la familia, personalizando esta devoción y respeto a la propia, reducida, pero ejemplar, sin fisuras.

Desde su condición de impar magister, y como legado a colaboradores y continuadores de su trayectoria y obra, acuñó un pensamiento (recogido por Vidart Aragón en una Necrológica publicada en la Revista Toko-Ginecología Práctica), que puede ser norma pública de conducta. «La vida es como una bicicleta. Si dejas de pedalear, te caes». Por ello el fue un ciclista intelectual de fondo, y cuando la imposibilidad vital le quitó la posibilidad de seguir dando pedaladas, se cayó de la bicicleta para morir en sereno descanso.

Al día siguiente de su fallecimiento leí en el ABC la noticia de su muerte: el Profesor Botella falleció ayer a los 90 años en su casa de Toledo, de un insuficiencia cardiorrespiratoria, cuando estaba descansando». Al periodista se le olvidó apostillar que ese descanso lo aprovechó el maestro para dejar de pedalear sobre esa bicicleta que le acompañó en el trabajo toda su vida, y para contemplar por última vez el sereno cauce del Tajo, despedirse de las pinturas de su convecino Domenico Theotocopulos, y caminar hacia la Eternidad, en volandas de los recios versos de Garcilaso y la mística de Juan de la Cruz. Todo lógico, natural y acorde, en una persona que no dio respiro a su vida, y al poner corazón en todas sus empresas, ese corazón se tomara una pausa de actividad, sin pensar que en la vida, pueden haber pausas definitivas.